

Y poco importó después saber si tenía más verdad o más mentira lo que contaban los marineros escapados del bombardeo a la primera Antofagasta, cuando cayó sobre el puerto una lluvia de muertos tan muertos que hundió los techos de las casas y se desparramó en vísceras luego de rebotar contra el suelo. Un aguacero de muertos, decían, que pese a toda su inercia algunos creyeron ver pasar convertido en una bandada de grandes pájaros negros hechos de pellejo y tripa.

Fue durante enero de 1873 cuando llegaron las primeras noticias sobre la peste que asomó en el desierto, frente al Pacífico. Se dijo tanto y tantas veces que al final nadie sabía a quién escuchar ni a quién creer. Se dijo de los cuellos doloridos y de la aspereza de las gargantas que traía la bulliciosa caravana nocturna llegada desde el norte hasta la Plaza de Colón; se dijo de la fiebre de los pescadores del cerro Coloso tras la caída de una bola de fuego que rompió las nubes antes de estrellarse del otro lado del embarcadero; se dijo de las lenguas hinchadas de los hombres que salían a la mar, de las escamas que aparecieron en los párpados de los cargadores del

mercado, de los paladares gangrenados y los labios brotando como chancros de los soldados de la prefectura, que fueron los primeros en ir a comprobar que fuera cierto todo eso que de pronto se dijo.

Quienes podían mantenerse en pie acusaron diarreas vigorosas. Otros anidaron bajo el vientre y los brazos bultos del tamaño de una naranja que hicieron trabajar sin pausa a los médicos del Hospital del Salvador. Hasta allá fueron llevados en grupos de tres o de seis para sajarles las bubas, pero de pronto subieron a diez, luego a veinte y entonces no hubo espacio donde meterlos. De todos estos manaba una hediondez tan grande que irritaba los ojos de los que se ponían cerca.

Y entre tanto se dijo para explicar lo que pasaba, algunos recordaron la mañana cuando los estibadores del muelle avistaron en el horizonte un barco al garete que las olas fueron acercando hasta estrellarlo contra los roqueríos.

Aquello fue una o dos semanas antes de que brotara la enfermedad. Y tal como ocurrió con un cachalote desorientado que llegó hasta la playa en la víspera de una Navidad —en vez de ayudarlo a volver a aguas profundas, la gente prefirió carnearlo vivo y llevarse el corazón en una carretilla—, esa mañana varios se aprontaron a saquear la nave que se aproximaba dando bandazos. Fueron más de cincuenta las personas que siguieron su trayecto hasta que por fin se detuvo entre las rocas. Las maderas del barco crujió con un ruido de carretas desbarrancándose y la turba corrió al abordaje.

Alentados por la posibilidad de conseguir objetos de valor —algún tesoro de piratas, fantaseaban los niños que iban con sus padres—, los que ese día fueron a la playa llevaron estoques y garrotes, más que para enfrentar la resistencia de la tripulación, con la idea de protegerse de ellos mismos en su afán por pelear cada trozo del botín, porque tal como lo sospecharon los pescadores antes de que el barco cruzara la bahía, toda su tripulación se había ido o bien estaba muerta, como de veras ocurrió: los doce cuerpos que contaron llevaban semanas descomponiéndose en un caldo cochambroso al que ni las moscas se acercaban. Tampoco había gaviotas que siguieran al barco ni menos garumas o cormoranes posados sobre las cuerdas de las velas ni en su mástil. Pero nadie advirtió ese detalle. Simplemente era un barco a la deriva, un barco lleno de muertos y de seguro también lleno de objetos valiosos.

El alboroto por subir fue grande. Quienes lograron hacerlo primero de inmediato fijaron su atención en la bodega, cargada de sacos con diversas clases de grano y harina, además de tiras de carne salada que colgaban del techo. Hallaron también dos toneles. Uno contenía el concho apelmazado de un vino dulce; el otro, un agua tan rancia que nadie siquiera se atrevió a tomar el barril y terminaron lanzándolo a patadas por la borda.

Tanto revisaron el barco, tanto hurgaron entre el tableado mientras lo desarmaban, que en un resquicio de la popa y tapado con cordeles y paños, un grupo de mujeres encontró un baúl grande y lleno

de objetos de metal. Dijeron que eran piezas de un molino o tal vez de una máquina destinada a labores agrícolas. Otras pensaban que se trataba de las partes de una pequeña planta de filtrado de agua o bien para la fabricación de cerveza. En cualquier caso, la discusión duró bastante poco y lo que hallaron fue repartido entre las mujeres antes de que una cuadrilla de diez hombres comenzara a desmantelar esa zona. Todo se hizo a gran velocidad y con precisión. Con golpes de martillos, diablos, chuzos, alzaprimas, garrotes, palancas grandes y muy grandes, aunque a veces también con palancas chicas y muy chicas, los hombres trabajaron en silencio ante el asombro de quienes —los menos— habían llegado a la playa sin otro interés que ver el espectáculo en que se convertía el saqueo y desguace del barco.

La nave chocó con las rocas a las once de la mañana y antes de las seis de la tarde no quedaba rastro de su existencia, salvo los cuerpos de la tripulación. Después de registrarlos en busca de monedas, joyas, tal vez un diente de oro, los apilaron como un montículo de desechos que la marea esa noche se encargó de llevar lejos de la orilla.

El barco era de Southampton y había zarpado desde el puerto de Kobe. Su bitácora contemplaba una estación en la Micronesia, pero nunca llegó a ese ni a ningún otro destino previsto. En su trayecto ancló por algunas horas frente a un islote sin nombre en medio del Pacífico. Allí los marineros bebieron agua de un manantial y comieron frutos de árboles desconocidos. Otros cazaron aves que desplumaron y rostizaron en la orilla de la playa, antes de regresar al barco. Al día siguiente cayó enfermo el primero de los treinta hombres que conformaban la tripulación. Aquello sucedió tres meses antes de que la nave encallara en los roqueríos de la costa de Antofagasta. A quienes se encargaron de desarmarla les extrañó que no tuviera su nombre a la vista, pero luego supusieron que este había sido borrado por algún barco pirata que le dio caza o bien por los efectos de la deriva, pero eso era menos probable. La única seña fue descubierta por casualidad varios días después, cuando en una barraca quisieron fabricar un estante con maderas desclavadas de la proa. Allí, un carpintero notó que en una tabla alguien había usado

la punta de un cuchillo o de un clavo para escribir
cinco palabras:

We sail into the black.